

La civilización, los individuos y las metrópolis, de Alain Bourdin Broché

La Métropole des individus, traducido al español por Francisco M. Vélez Pliego y Jean Hennequin Mercier. Puebla, Universidad de Puebla, 2007, 213 páginas.

Rodrigo Santofimio*

Exponer sobre la civilización occidental o lo *civilizacional* no es muy normal en estos tiempos de incertidumbres, desarraigos, desasosiegos y de renunciaciones sistemáticas a lo perdurable; el tema de lo *civilizacional* tuvo hondas repercusiones en el siglo XIX, de manera por lo menos sistemática, en la medida en que se asumía como proyecto orientador y de valores en el espíritu de los pueblos, en función de aptitudes, la tecnología y dominio sobre la naturaleza, así como la esperanza en la *paz perpetua* entre los pueblos. Empero, también hubo voces discrepantes acerca de esos presupuestos civilizacionales que pudieran ser creíbles en la tierra (Marx, 1890), y su posición crítica, así como la posición pesimista de Weber (Mitzman, 1976).

En esta oportunidad, el sociólogo urbanista francés Alain Bourdin a través de su texto *La Metrópoli de los Individuos* (2007) pone a prueba el estudio de la civilización, empero, en relación compleja y central con la metrópoli. Este enfoque, sin duda, alienta una postura epistémica desatendida en otras propuestas analíticas, referidas al tema de lo *civilizacional* —la excepción vendría de Elías en su texto *La sociedad cortesana* (1982)—, sea porque asumen lo *civilizacional* como premisa ideológica neutra o porque lo *civilizacional* no tendría un asidero empírico y menos contextual, en este caso, la ciudad y, más concretamente, las metrópolis. Es evidente que allí, en esos nuevos territorios, dice Bourdin, se lleva a cabo *la civilización de los individuos*, es, por tanto, en esas ciudades más grandes, más intensas y más abiertas donde se crea *la civilización de los individuos* y las formas sociales a través de las cuales esta existe.

Si históricamente llegamos a definir la *civilización* con la experiencia de la organización política, las clases sociales o los modos de producción, es decir, los meta-relatos a la manera de Lyotard (1992), o de las significancias de las instituciones (Familia, Iglesia, Estado),

* Profesor Asociado, Departamento de Antropología y Sociología, Universidad de Caldas, Manizales, Colombia · rodrigo.santofimio@ucaldas.edu.co

según Castoriadis (1997), hoy lo *civilizacional* se define por la forma que confiere a la *experiencia individual*. Esta civilización está afincada en la narrativa de la experiencia individual y es un movimiento permanente que no posee fronteras precisas, pues, mientras organiza la experiencia de los individuos que viven en contextos muy distintos, ella misma se elabora y se transforma, principalmente, en la gran ciudad conectada al mundo, aquella que debe su existencia al hecho de que constituya un cruce de flujos de toda índole y no al hecho de que controle un territorio: *la metrópoli contemporánea*. Así entonces, la metrópoli no es solo la fuente, ni la imagen o el símbolo de la civilización de los individuos, sino su forma de *vida social* en una *materialidad urbana*.

Ahora bien, Bourdin se pregunta ¿de qué manera el individuo (o, en otros casos, el grupo), moviliza sus recursos cognitivos, relacionales, económicos para hacer frente a estas diferentes situaciones a inscribirse en sus *universos sociales* correspondientes? Estos marcos comunes de experiencias, responde Bourdin, para fines del análisis sociológico, tienen que ver con la *clase media urbana*, bien sea por sus maneras de hacer sociedad, de administrar sus intereses comunes, de organizar una acción colectiva o de desarrollar los elementos de una conciencia común. Estos son muy específicos y coherentes con la lógica de una *civilización de los individuos*; empero, a mi modo de ver, ¿hasta qué punto resulta problemático encarnar lo *civilizacional* a través de la experiencia de las *clases medias*, toda vez que podrían resultar como una orientación en actitudes que se elevan como paradigmas o arquetipo de vida engañosos, no solo para ellas mismas, sino también para el analistas de estos procesos? Bourdin arriesga también demasiado su hipótesis de lo *civilizacional* en la experiencia de las clases medias, en la medida en que son estas clases y estos individuos los más susceptibles al consumo ostentoso (Veblen, 2004) a las veleidades, incluso, porque en sus reclamos reivindican con ansiedad la preponderancia de la vida cotidiana, el sentimiento de inseguridad y el temor social, no es suficiente, dice el mismo Bourdin, dotarse de una racionalidad para contrarrestar las contradicciones que emergen en esa configuración particular que sería la metrópolis, una metrópolis con aislamiento de grupos a través de la segregación y los fraccionamientos cerrados, así como las disparidades en el acceso a los servicios urbanos y la ausencia de todo sentimiento de pertenencia, empero, ¿cómo es posible, entonces, que una perspectiva analítica, centrada únicamente en los modos de vida de las clases medias, vislumbre escenarios menos dramáticos para los actores? En definitiva, responde Bourdin, admitiendo que los procedimientos de distanciamiento funcionen adecuadamente, nos hallamos con frecuencia entre el riesgo de la elección imposible y la necesidad de *inventar* la interacción, esto es, la implicancia del otro o de los otros, lo que otorgaría al actor un amplio margen de libertad de juicio, pero lo obliga a producir acercamientos si desea estar en condiciones de actuar. Así pues, la diferenciación, en síntesis, no solo habrá de ser comprendida en términos de linealidad simple, o como un movimiento de destrucción

del vínculo social, sino que estaría redefiniendo las relaciones del individuo con lo colectivo, inaugurando nuevas lógicas cuya mejor manera de comprenderlas consiste en interrogarse sobre los procesos positivos de producción del vínculo social o de la organización de la acción que ella provoca, advirtiendo, eso sí, las precauciones metodológicas del caso; una de ellas tiene que ver entre las formas perceptivas y materiales de la ciudad que se convierten en un recurso, una limitante o una guía de comportamiento, a partir de la interpretación que el individuo hace de ella. Bourdin sostiene que, por más que la relación entre un individuo particular y un contexto sea específica, esta relación puede ser objeto de una orientación por parte de quien controle el contexto y es aquí donde emerge la paradoja, pues sin duda hoy, especialmente en el marco de los procesos de las metrópolis, los contextos suponen reclamos *clase-medios*, dejando de lado otras formas de vida más ajustadas al mundo que nos toca vivir.

La otra advertencia tiene que ver con los procesos de racionalización, normas sociales y construcción de comportamientos individuales en las metrópolis, a través de la implementación de las reglas y las técnicas que conlleva a la juridización de la sociedad, (Wacquant, 2007), retrayendo a N. Elias, esta sería una inercia propia de los Estados en las metrópolis, pero como respuesta a la demandas a los sectores populares y sin oportunidades); finalmente, en las metrópolis emerge un contexto que gravita entre el movimiento, los acontecimientos y la diferenciación, haciendo que nuestros contextos sociales se caractericen por el cambio permanente, lo mismo que por el desplazamiento de los individuos o la reconstrucción permanente de las situaciones: *el acontecimiento ofrece nuevas referencias, al mismo tiempo que cristaliza el sentido*, empero, ¿qué distancias habría entre esta caracterización de la sociedad moderna a través de la metrópolis y, aquella que registrasen los padres fundadores de la sociología urbana (Simmel, 1971); (Wirth, 1938), frente al fenómeno urbano que presenciaban? El estatuto que la metrópolis confiere a la individualización de la experiencia, ciertamente no lo sería, así como tampoco la idea de un *desequilibrio generador* al margen de una relación directa con el consumo. En efecto, Bourdin sostiene que el meollo de ese *desequilibrio generador* que nos plantea la civilización metropolitana estaría relacionado con un modelo de consumo (Benjamin, 1978), logra intuir algunas ideas en ese mismo sentido, acerca del papel que juegan los pasajes en el París del siglo XIX, como *capital del mundo* (Frisby, 1992). Esta idea, a mi modo de ver, resulta sugestiva en la obra de Bourdin, en la medida que el consumo se ata a un marco cultural que definiría no solo lo que es conveniente comprar o utilizar, sino que también el simple acto del consumo se estaría expresando como *valor social*, por tanto, el consumo se convierte en una *visión del mundo*, yendo más allá de la dimensión económica, para organizar una percepción de la vida de los demás, de la cultura, de la política, la *civilización metropolitana* y corresponde, entonces, a la *cultura del consumo*, para dar cuenta no solo que metrópolis

el hombre masa ha devenido hombre flujo y, a la vez, los objetos del consumo se encuentran en la materialidad, en la organización y el sentido. Luego, entonces, se pregunta Bourdin ¿cómo vivir sin elegir? Para lograr que los objetos y los comportamientos se vuelvan deseables, no solo se asocian con imágenes positivas (cuyo repertorio se vuelve incierto), sino que se recurre a la argumentación, entre otros motivos, para asegurar que las imágenes movilizadas convierten a los objetos deseables. A través de este hecho, el consumidor se socializa ampliamente con la argumentación —en el sentido de la justificación de sus elecciones más que en el de una demostración cualquiera—, lo que corresponde, por lo demás, a una evolución general de la cultura —*cultura objetiva* en detrimento de la *cultura subjetiva*, alegaba Simmel (1977)— y de las ideologías. El propio consumidor se convierte en usuario y adepto de la argumentación, en un productor de buenas razones, lo cual no significa que argumente bien; la racionalidad del actor urbano, el urbanita, favorece más la argumentación, pero sin muchas pruebas, en ambientes que definen la *experiencia del shopping* y en donde se combinan estímulos sensoriales y emocionales en el individuo a través de la tematización y la teatralización que incitan al consumo.

Ahora bien, avistados estos presupuestos analíticos que definen la civilización (*cultura del consumo*), los individuos (*de los hombre masa a los hombre flujo*) y las metrópolis (*bajo la premisa del desequilibrio generador*), ¿qué consecuencias se derivan no solo para las ciudades metropolitanas, sino también para las ciudades no-metropolitanas? Una de las primeras consecuencias es el paso de la ciudad como orden a la *ciudad como oferta*, por tanto, en su versión metropolitana, la ciudad ya no designa un orden social, societal o local, que se materializa a través de una organización del espacio, con sus avenidas, sus plazas públicas y los monumentos, en su defecto, la ciudad constituye un sistema de ofertas: actividades profesionales y de empleos, de servicios, de productos, de relaciones de sentido, de posibles comportamientos, de ambientes, de relatos de acontecimientos, de estructuras de movilidad; aquí el individuo, en esta *nueva ciudad*, es el personaje central, así como también la vida cotidiana, que se estructura de manera autónoma, y ya no a partir de referencias estables (ritmos, normas u obligaciones sociales), sino emerge el *eclecticismo social* que corresponde a interacciones o participaciones colectivas a veces muy intensas, pero parciales y efímeras.

Empero, construir la vida cotidiana se hace difícil y angustiante, por más que esta aventura, cuando es exitosa, pueda resultar emocionante y suscitar la impresión de una gran libertad y una gran habilidad. Las dificultades en la construcción de lo cotidiano, las frustraciones de quienes tienen que enfrentarlas, la situación dramática de quienes se encuentran excluidos de esta construcción (personas fuertemente endeudadas, familias en crisis permanentes, etc.), se halla en el meollo de los problemas sociales de la vida metropolitana.

De cara a estas problemáticas contemporáneas, ancladas particularmente en la organización de la vida cotidiana como una actividad que

requiere habilidades cognitivas, organizativas y relacionales, Bourdin propone unos dispositivos como bases de un programa urbano; uno de ellos tiene que ver con el *urbanismo de proximidad*, que estimularía la dimensión comunitaria de la vida, empero, ¿puede el *urbanismo de la proximidad* constituir, en materia de ordenamiento urbano, el elemento clave de una política de ayuda para la construcción de la vida cotidiana? Bourdin advierte que la importancia de los aprendizajes colectivos, en ese caso, está en la necesidad de aprendizajes permanentes que se corresponderían con la dinámica del *desequilibrio generador* y frente a un mundo que se presenta como un flujo, donde predomina la incertidumbre y en el cual es necesario elegir constantemente, empero, más allá de la gestión en el ámbito del sentido, se requiere una intervención en el territorio y esto tendría que ver con las *nuevas centralidades*, las cuales podrían aplicarse tanto al recorrido individual, como al desarrollo de la actividad, donde se precisa de otras formas de localización o de creación y entornos de proximidad que traduzcan adecuadamente las maneras en las que hoy se superan los clásicos procesos de territorialización; ¿cabe preguntarnos, entonces, sobre la suficiencia de estos dispositivos a los que alude la propuesta de Bourdin, para enfrentar los retos y los problemas que plantean la vida en las ciudades hoy?

Bibliografía

- Benjamin, W. (1978). *Versuche über Brecht*. Frankfurt am Main: Suhrkamp.
- Castodiaris, C. (1997). Ontología de la creación. En Giraldo, F. y Malaver, J. (comps.). Bogotá: Ensayo y error.
- Elias, Norbert. (1982). *La sociedad cortesana*. México, D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- Frisby, D. (1992). *Fragmentos de la modernidad en la obra de Simmel, Kracauer y Benjamin*. Madrid: Visor.
- Marx, K. (1976). *Manifiesto del Partido Comunista*. Moscú: Progreso.
- Mitzman, A. (1976). *La jaula de hierro: una interpretación histórica de Max Weber*. Madrid: Alianza.
- Simmel, G. (1971). *On individual and Social Forms*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Veblen, T. (2004). *Teoría de la clase ociosa*. Madrid: Alianza.
- Wacquant, L. (2007). *Los condenados de la ciudad: guetto, periferias y Estado*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Wirth, L. (1938). Urbanism as a Way of Life. *The American Journal of Sociology*, vol. 44, n.º 1, pp. 1-24.